

ct

La plaza

de
Pablo Gisbert

(fragmento)

Entras en tu casa.
Enciendes las luces.
Allí está tu salón,
allí tu cocina,
allí tu cama.
Te desabrochas la chaqueta y te quitas los zapatos.
Te preparas algo de comer.
Mientras comes, abres el ordenador,
contestas unos mails pendientes,
y lees algunos titulares.
Ya con la cena acabada
y la calle en silencio,
decides entrar en una página porno para masturbarte.
Delante de ti,
una preciosa mujer tumbada en una cama
está siendo penetrada por tres hombres:
boca, ano y vagina.
No puedes dejar de observar el rostro de la mujer,
es la única imagen que te interesa.
Piensas:
Qué simple es todo.
En ese momento,
sientes una fuerte presión en tu cuerpo,
todos tus músculos se contraen,
y finalmente tienes un orgasmo.
Sientes mucha curiosidad por la mujer
que ha protagonizado la escena.
Buscas información sobre ella en internet.
La actriz se llama Linda Lovelace.
Murió en el año 2002 a los 53 años.
Te das cuenta de que has tenido un orgasmo
con la imagen de Linda Lovelace, una persona muerta.
Piensas:
Eres capaz de emocionarte con una imagen
que ocurrió hace años
y hacerla tuya para vivirla en presente.
Y se te ocurre que, definitivamente,
formas parte de una especie necrófila,
que se alimenta de cualquier imagen
que provoque algún tipo de estímulo de felicidad.
Miras con detalle una foto en blanco y negro
de una joven Linda Lovelace.
Piensas:
Estoy formado por imágenes que se repiten.

Fragmentos de emociones y pensamientos del pasado
que viajan en el tiempo cada día,
hasta llegar a mi cerebro.
Vidas e historias de conquistadores,
artistas, reyes, científicos y filósofos.
Nos gobiernan los muertos.
Nombramos lo que ellos nombraron,
respaldamos sus leyes inventadas,
defendemos lo que ellos decidieron
que debíamos defender,
continuamos su guerra, y cómo no,
repetimos infinitamente sus mismos errores.
Y ahora mismo has abierto un proceso mental
y te has vuelto a activar.
Vas a la cocina y bebes un vaso de agua.
Mientras bebes, piensas:
¿Quién soy?
Decides tumbarte en la cama,
no pensar y permanecer en silencio.
El silencio hace que escuches tu estómago
y sientas tu corazón.
Piensas que lo que compone esa sangre que te mantiene vivo
es el deseo y la ambición de una única y originaria célula
que se va reproduciendo y viajando
en millones de cuerpos a lo largo de millones de años,
para, esta única y originaria célula, poder sobrevivir.
Esta única y originaria célula
aparecida hace millones de años
sobrevivirá al final de tu vida en otros cuerpos.
Y esta misma célula también está en el mendigo
que te pide dinero en la calle,
está en el amigo que ves a diario,
en el ciego que miras de reojo,
en el turista que visita tu ciudad,
en el vecino que duerme en el edificio de enfrente,
en la madre que un día te introdujo esa misma célula.
En todos estos rostros anónimos
que ves diariamente por la calle,
estás tú.
Por fin llega el sueño.
Hoy te has levantado y has cruzado la ciudad
para ver el final de una obra de teatro
que ha durado un año.
Finalmente, tus pestañas se van cerrando muy lentamente
y entras en un sueño profundo.
Menos mal que el sueño divide los días.